

## De Al jallo

Comenzó el chismorreo de la gente de mar a los pocos días de enviudar Carmen. Llamábanla todos *Fula*. Era un mote, y bien le cuadraba. Morena de rostro, había en el color de la piel cierto viso azulino, brillante y extraño. Por añadidura su cuerpo era bajo y rechoncho. Negro el cabello, sombreaba unos ojos de mirar intenso, agresivo. Cuando, al varar las barcas, en son de ayuda, metíase en el agua, recogida la falda entre los muslos dejando al descubierto más de media pierna, los marineros más jóvenes quedábanse encandilados mirando aquellas carnes mórbidas, provocativas. No ponía ella en estas desnudeces, después de casada, reparo alguno. A veces la imprevisión llevaba el remango de las faldas más allá de lo conveniente. Y era de ver entonces el ahínco con que los muchachos disputábanse el meter el hombro al varar alguna barca, en el sitio detrás de Carmen. Tenaces, los ojos juveniles recreábanse en el movimiento de aquellas caderas redondas, estremecidas a cada esfuerzo y en el temblor de la carne en aquellas piernas al descubierto, pletóricas y desafiando con tentaciones brutales.

Al quedar viuda era ya cuarentona. Estaba, sin embargo, en su madurez, apetitosa. La gente de mar, hombres y mujeres, dieron en comentar entonces con los más diversos juicios la suerte de Fula.

No le quedaba recurso alguno. Solamente el trabajo de sus brazos, fuertes para todo empeño, y el amparo, otra vez, de su hermano Merto.

Su marido era marinero a soldada. Murió hinchado, como un monstruo, hundidos los ojos, torcida la boca, retorciéndose en convulsiones desesperadas.

–Picaúra de rascai.

–De araña negra.

Nada se sabía. Los bandos, por la divergencia de opiniones, dividiéronse y, ante el enfermo que se retorció agonizante, disputaban a voces todos. Mientras unos, más apegados a vivir en tierra, achacaban el mal a un pez dañino, los otros, celosos en la defensa del mar, querían imponer la convicción de que un insecto venenoso había traído con su picadura la infección.

–¿Veislo? ... Las dobla.

–Revienta como un pez tamboril

–Calambres de muerte.

–Se va.

–Ansina murió mi pare.

–¡Perra muerte!

El pobre enfermo, los ojos espantados, evitando oír el rozar de las gentes, convulsionábase, hinchado y monstruoso. Al fin, arañando con sus uñas las carnes, babeando espuma amarillenta, quedosepoco a poco inmóvil, abierta desmesuradamente la boca, saltando de las órbitas los ojos, crespito y chorreando sudor el cabello.

–Espichó.

Y no hubo más responso. En los primeros meses de la viudez, todos compadecieron a Fula. Quedaba sola.

–Sin marido

–Nihijo tan siquiera

–¿Hijos? ¡Si es machorra!